

# GG

## Colección Punto y Línea

Clement Greenberg  
Arte y Cultura

Yuri M. Lotman  
Estética y Semiótica  
del Cine

Lionel Richard  
Del expresionismo  
al nazismo

Hans Heinz Holz  
De la obra de arte  
a la mercancía

Alfredo De Paz  
La crítica social del arte

Enrico Carontini/  
Daniel Peraya  
Elementos de  
Semiótica general

Javier Coma  
Del gato Félix al gato  
Fritz  
Historia de los comics

## Colección Comunicación Visual

Odette Aslan  
El actor en el siglo XX  
Evolución de la técnica  
Problema ético

R. L. Birdwhistell  
El lenguaje de la  
expresión corporal

Arnau Puig  
Sociología de las  
formas

Editorial  
Gustavo Gili, S.A.

### Cataluña

# El nocivo poder electoral de la necrofilia

**MANUEL CAMPO VIDAL**

**E**l episodio necrofílico vivido en Cataluña en las últimas semanas en torno al corazón y la tumba de Francesc Macià y la posibilidad de que se expongan en el Palacio de la Música los restos de Pau Casals al retornar a su tierra natal, ha significado la introducción en el clima político catalán de un elemento insólito: una extraña sensación que cabría situar adecuadamente entre el pesimismo y la sospecha de un cierto ridículo. Cataluña, que ha pasado siempre por proyectar una imagen moderna, progresiva, en el interior de España, se ha visto a sí misma convertida de pronto en incómodo escenario de unos ritos que a la opinión pública más bien le sugieren una imagen de varios siglos atrás en clara contraposición con la imagen de la Cataluña del futuro que se pretende reconstruir con la herramienta del Estatuto.

La lenta actividad de algunos partidos políticos durante la primera semana de campaña, en favor del "SI", una publicidad no sólo escasa, sino, aún peor, confeccionada a base de "slogans" cansados" como los ha definido Manuel Vázquez Montalbán, unas cuñas en el circuito catalán de televisión cuya calidad recuerda los primeros anuncios emitidos al final de la década de los cincuenta desde el paseo de La Habana, y quizá el cansancio de una tercera cita en las urnas en el mismo año, han configurado un clima de cierta atonía inicial alejada del ímpetu con que la lucha por la autonomía se caracterizó durante los últimos años del franquismo y la transición política.

Preside esas circunstancias e influye en ellas en modo difícilmente cuantificable ese elemento insólito, situado entre el pesimismo y la sospecha de ridículo, sugerida por el episodio necrofílico que describíamos ampliamente en el pasado número de TRIUNFO. La intriga, los desmentidos, la polémica y el hecho en sí de la apertura de tumbas en busca del féretro del primer presidente de la Generalitat, al que se le había separado el corazón, ahora repuesto en su sepulcro una vez normalizadas las condiciones políticas de Cataluña, han producido un innegable impacto en una opinión pública como la catalana, decididamente partidaria de la discreción, de la reserva y de la seriedad.

Desde los tiempos de la Asamblea de Catalunya, el concepto de autonomía, el apunte sobre el Estatuto del futuro a partir del obtenido en 1932, pero sin confundirlo con él y la imagen de la reivindicación nacional catalana, fueron delineados con un trazo sencillo y

popular, hasta obtener una sugerente imagen de futuro, de progreso. Los programadores de la imagen política que contenía la reivindicación nacional supieron descartar y superar desde el primer momento el recurso al tópico testimonial, a la imagen histórica detenida en el tiempo y desplazada por él. Un error de esta categoría hubiese significado, sin ningún género de dudas, una reducción sustancial de la base de la sociedad catalana, que está por la autonomía y a la que se incorporan tanto los sectores que han preservado el sentimiento nacional de la nociva presión diluyente de la dictadura como los sectores de nuevos catalanes que se incorporan a la autonomía por su vertiente de progreso, de futuro, de reto de la construcción de una Cataluña nueva.

Es en ese juego de imágenes nuevas y atractivas, reflejo fiel de una concepción política progresista, donde el episodio necrofílico aludido ha podido pesar con su carga de inoportunidad, "folklorizando" una visión distinta pacientemente construida desde la Asamblea de Catalunya, más tarde por medio de las propias campañas electorales de la mayoría de partidos e incluso en la imagen ofrecida por el Consejo Ejecutivo de la Generalitat. Un programador de imágenes con poder ejecutivo, de haber existido, hubiese suprimido tajantemente algunos actos, algunas fotografías, algunos intercambios de golpes verbales mantenidos en las últimas semanas en Cataluña.

Aun así, la autonomía será ampliamente aprobada, porque los centros de publicidad poco activos aceleraran su trabajo en los últimos días y, en definitiva, porque la autonomía responde a una necesidad sentida sensiblemente por la población catalana, como demuestra su historia, su lucha, su empeño, sus "Diadas" y hasta los nuevos catalanes que con banderas de Andalucía desfilaron en la manifestación del 11 de septiembre pasado reclamando el Estatuto para Cataluña. Pero cuando todo haya pasado, cuando el Estatuto se haya aprobado, cuando el Parlamento catalán se haya reunido para elegir al nuevo presidente de la Generalitat, sea éste Josep Benet, Jordi Pujol o Joan Reventós, encargarán a toda prisa a un técnico en comunicación un decálogo de imágenes para evitar que en cualquier otro momento decisivo de la vida política catalana no se introduzca por la puerta de atrás un perjudicial elemento de estas características, situado a medio camino entre el pesimismo y la sospecha de un cierto ridículo. ■